



DeucALiÓN.

8



Deucalión.

8

DEPARTAMENTO PROVINCIAL DE SEMINARIOS

CIUDAD REAL

DICIEMBRE DE 1952



DEUCALIÓN

Dirige
Angel Crespo

REVISTA DE LA
UNIVERSIDAD DE CASTILLA-LA MANCHA
1952

PALABRAS DEI HOMBRE PEQUEÑO

Yo, que soy casi siempre
un hombre casi nunca conocido,
tono menor en todo, a veces medianía,
voy a deciros lo que pienso en torno:
Se aprende mucho con los hombres sabios;
es bueno, a veces, parecer absurdo,
conviene sonreir en ocasiones,
conversar de los libros que se editan,
dejar una palabra caída con desprecio,
estar en una esquina sumiso como un galgo,
callar cuando se abre la boca del presbitero,
a veces tener llena la frente de palomas,
los ojos y los labios humildes ante todo...

Se aprenden estas cosas hablando con los hombres,
pero uno queda siempre mortal bajo la luna.
Cuando los días tontos amanecen lluviosos
se acercan los lagartos— a veces las culebras —
y nos van recorriendo lentamente las manos.
Pensamos que hay muy lejos, tal vez en otro mundo,
otro mortal sufriendo de angustia semejante
y una idea amarilla se derrama en la sala.

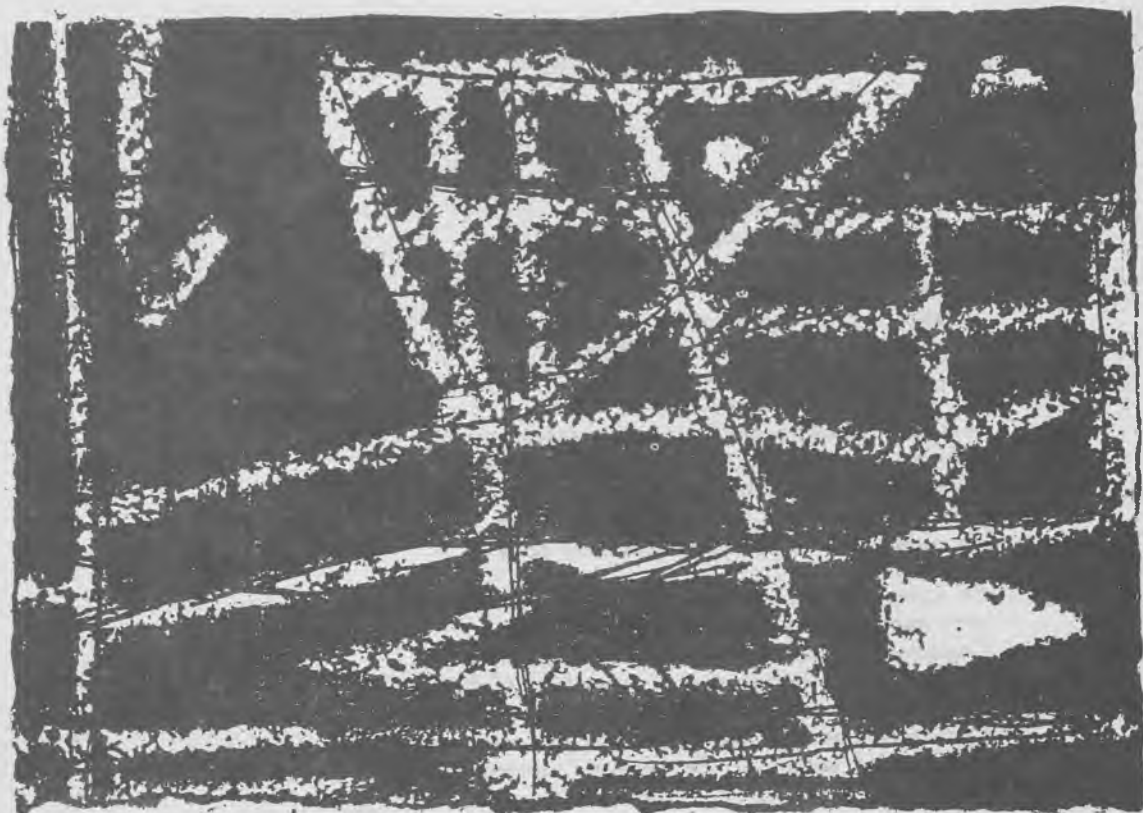
Plegados en dobleces reposan los amigos,
las sombras del pasillo no pasan de la puerta,
si el cuerpo nos lo pide reimos lentamente
o a lo mejor dudamos de diferentes cosas.

Quisiéramos entonces tener una piragua,
colgarnos de una viga con gesto descuidado,
dedicarle un saludo al árbol de la esquina
o, tal vez, por decoro, matar un millonario.

Y mientras cosas tales, tenaces nos acuden,
sumidos en nosotros igual que gusanitos,
los hombres continuan sus múltiples negocios:
hablando de sus cosas, jugando a la baraja,
picando con un pico, guiando el automóvil,
durmiendo en la oficina, llevando los asuntos,
cortando con la pluma la pata de una mosca,
convenciendo a la gente para que haga un seguro,
visitando a un enfermo para ver si está muerto,
predicando sermones y diciendo resposos,
componiendo las leyes, fabricando injusticias,
defendiendo delitos, castigando a los malos,
llevando a los muchachos pequeños a la escuela
y tantas otras cosas como decir podría.

Y entonces uno piensa con tono convencido:
Después de todo, a veces, mejor es no estar muerto.

José FERNANDEZ ARROYO.



Dibujo de Laguardia

BUENOS DIAS

Son las diez de la mañana.
He desayunado con jugo de naranja,
me he vestido de blanco
y me he ido a pasear y a no hacer nada,
hablando por hablar,
pensando sin pensar, feliz, salvado.

¡Qué revuelo de alegría!
¡Hola, tamarindo!,
¿qué te traes hoy con la brisa?
¡Hola, jilguerillo!
Buenos días, buenos días.
Anuncia con tu canto qué sencilla es la dicha.

Respiro despacito, muy despacio,
pensando con delicia lo que hago,
sintiéndome vivaz en cada fibra,
en la célula explosiva,
en el extremo del más leve cabello.
¡Buenos días, buenos días!

Lo inmediato se exalta. Yo no soy yo y existo,
y el mundo externo existe,
y es hermoso, y es sencillo.
¡Eh, tú, gusanito! También hablo contigo.
¡Buenos días, buenos días!
También tú eres real. Por real, te glorío.

Saludo la blancura
que ha inventado el gladiolo sin saber lo que hacía.
Saludo la desnuda

vibración de los álamos delgados.
Saludo al gran azul como una explosión quieta.
Saludo, muerto el yo, la vida nueva.

Estoy entre los árboles mirando
la mañana, la dicha, la increíble evidencia.
¿Dónde está su secreto?
¿No estará en cualquier cosa?
Por los otros, en otros, para todos, vacío,
sonrío suspensivo.

Me avergüenza pensar cuánto he mimado
mis penas personales, mi vida de fantasma,
mi terco corazón sobresaltado,
cuando miro esta gloria breve y pura, presente.
Hoy quiero ser un canto,
un canto levantado más allá de mí mismo.

¡Cómo tiemblan las hojas pequeñas y nuevas,
las hojitas verdes, las hojitas locas!
Una a otra se cuentan
un secreto que luego será amplitud de fronda.
Nadie es nadie: Un murmullo
corre de boca en boca.

Cuando canta un poeta como cantan las hojas
no es un hombre quien habla.
Cuando canta un poeta no se expresa a sí mismo.
Más que humano es su gozo
y en él se manifiesta cuanto calla.
Por éso hoy sólo quiero decir: Buenos días.

Gabriel CELAYA.

UN POEMA DE BARRO

*Ya está el mundo despierto. Me parece
que está despierto porque tengo a mano
las mismas ropas que llevaba puestas
ayer, los libros que leía anoche.*

*Son los ruidos
que apenas se distinguen de algún martes,
es la misma impaciencia, el no se sabe
cómo mirar a las personas dóciles,
cómo tomar el pan cuando te miran,
cómo tirar preguntas, andar listo,
olvidándote un poco.*

*Es la luz tan precisa
que pone fin a un límite,
es el mundo real que abre los ojos.*

*Abajo está la calle
con su hora acostumbrada
como campana ronca,
con su sol pobrecito,
con sus mulas,
con su aire de decir: Esto es un pueblo,
sentémonos un poco, toma un trago,
hay tiempo de empezar, no tengas prisa.*

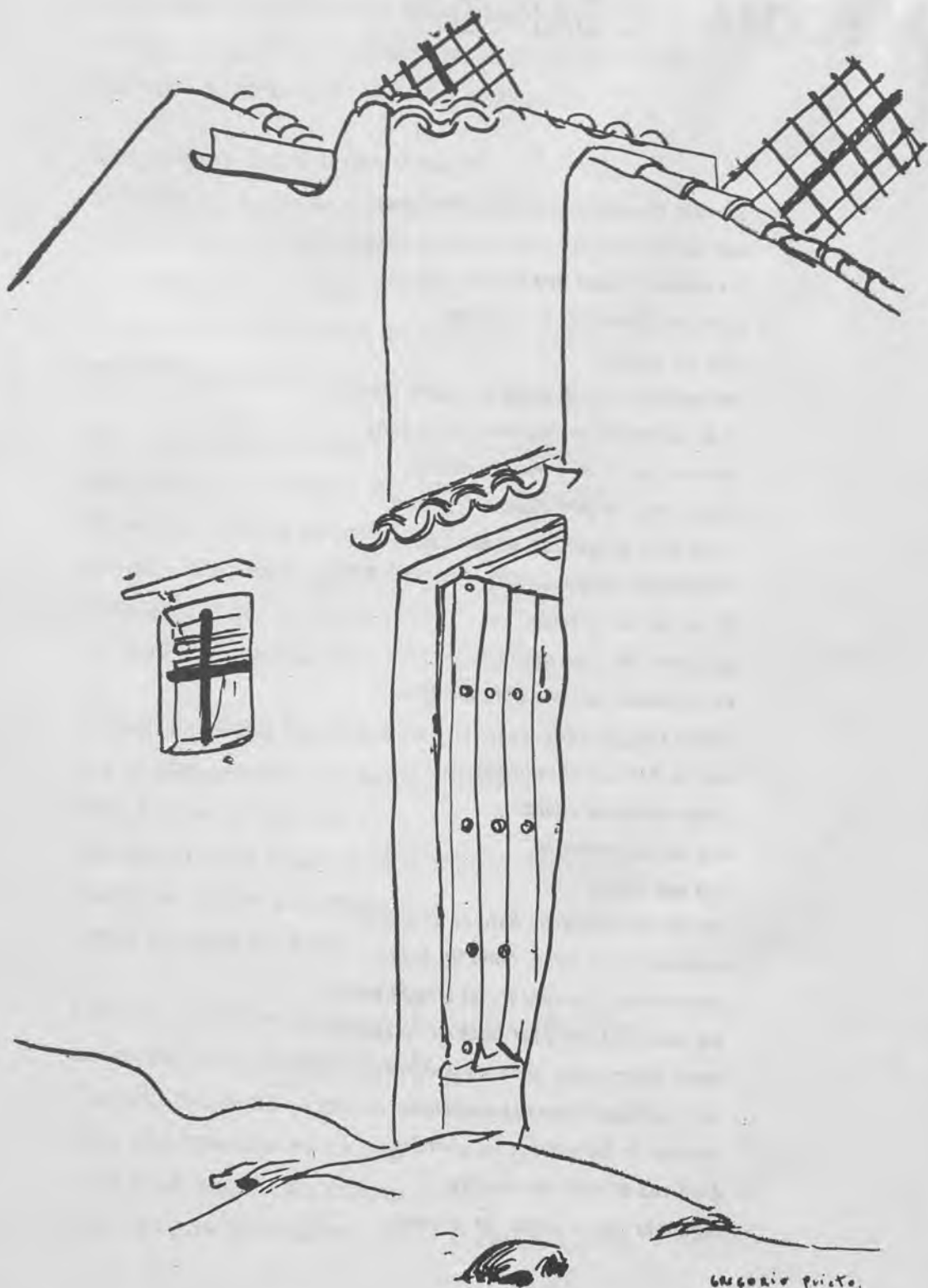
*La misma luz de ayer aquí en mi cuarto
como esponja que seca las palabras.*

*Algo avisa que anoche no mentía,
que con la luz existen las paredes.*

Una voz al oído me susurra:

Aguanta las costuras, ya se sabe.

Antonio FERNANDEZ MOLINA



Dibujo de Gregorio Prieto

Gregorio Prieto.

Salutación a la llegada del vino

¡Ya viene el Vino! Llega como tormenta o toro
por escaladas calles de pausas y de gritos;
ya viene con morados terciopelos cambiantes
y un frío de honda cueva que sacudir quisiera.
Ya viene el calofrío ternísimo del Vino,
lamento que se arrastra por sendas jabonosas;
vertical carcomida por vivos arcoiris;
relámpago de sal que espolvorea el cielo.
Salgamos a su encuentro gesticulando mudos.
con el odre del canto oscuro y la madeja
de las razones últimas que extraen los soñadores
de los calientes pasos guardados como joyas.
La tierra está esperando sus violencias turbias;
sus arrebatos dulces que terminan en llanto;
la llamada a concilio de rostros o suspiros,
su pedestal implume de fruta mal mondada.
Viene el Vino entre largas hileras de lucientes
hormigas, las hormigas que libera su fiebre,
esas que nos recorren los pulsos velocísimas
que suenan como el viento cuando ha perdido el rumbo.
Ya viene el Vino o toro o tempestad pasada;
ya viene con sus manos de coagulada sangre,
arrastrando doliente la piedra del molino
que abandonó la noche como un mal pensamiento.
Ya viene con su pálido mensajero y su bronco
timbaletero mayor que en esa verde nata
que arropa los toneles sabe despertar largos
redobles insistentes de tronada remota.
Salgamos a su encuentro indefensos; vayamos.
El llama con podrida campana de madera,
podrida como tabla de ataúd o naufragio;

de naufragio o recuerdo en arena o memoria.
Dejemos que él nos saque la risa enclavijada,
la macabra alegría o el abortado grito.
Dejad a sus hormigas que devoren el tiempo
y que abran el postigo que da a los albañales.
Echad por la ventana pétalos de azafrán,
que ya viene mugiendo con su gran cornamusa
el Vino, mal prior o ronco burgomaestre
en la Ciudad--Convento de insospechado rito.
¡Oh sus canes, con lengua de antiquísimo trapo!
¡Oh sus caballos fétidos, ciegos como la noche!
¡Oh su halcón insaciable de polvorientas alas
cruel como el hierro frío que se templó con llanto!
Y sus almenas blandas de sueño y cortesía
y sus frías esquinas de filo de navaja
y aun ese caracol de escalones movibles
que llevan al olvido o a las renunciaciones.
Vengan todos cubiertos de peplos de amapolas,
de altísimos sombreros de paja mal podrida,
cantando o salmodiando, orinando a destiempo,
rumiando los espartos de la amistad insólita.
Traed a vuestros hijos, vuestros peores hijos,
ésos que no apreciáis hasta que el vino llega;
ésos que os acompañan cuando todos se marchan
y os ofrecen el hombro leve del equilibrio.
Salgamos contra el viento que desplazan los toros
del Vino. Desnudados, que viene su tormenta;
que bajan sus mil manos a palpar vuestro cuerpo
con caricia de amante que se vació los ojos.
El Vino, el Vino llega, con su marea cándida,
con su lenta invasión de azules abejorros.
¡Salid los que esperais la libertad más cómoda!
Perrazo fiel, el Vino os lamerá las manos.

Federico MUELAS.

EL TONTO

Le echaron a la cuna cuando niño.
Hablabá a veces, poco, casi nada.
Porque se estaba sonriendo siempre.

Se sabía las calles, las esquinas.
Se estaba en Babia horas ante todo.
Se paraban las moscas en su frente.

Tenía un corazón de niño,
unos ojos de niño,
unas cosas de niño sin juguete.

Nunca salió del pueblo para nada.
Pero una vez le hicieron un retrato
y lo enseñaba a todo el mundo, alegre.

Nadie se explica cómo ocurrió aquélló.
Una mañana, a eso de las once,
lo encontraron ahogado bajo el puente.

Era alto. Ya no. Cada mañana
iba con su jarríta por la leche.
Ya no. A mí me consta
que lo sintieron, de verdad, las gentes.

Antonio MURCIANO



Dibujo de San José

EL CUCHILLO

(CUENTO)

Un hombre seco, alto, moreno y mal trajeado entró en el taller de Nicomedes el afilador. Se dirigió al aprendiz y le alargó un cuchillo ancho y puntiagudo que había sacado rápidamente de debajo de la blusa. El muchacho, sorprendido, dió un paso atrás y miró al hombre con los ojos muy abiertos y con cara de susto.

—¿Es que nunca habías visto un cuchillo? ¿O es que te parece demasiado grande? No, amiguito, este no es un cuchillo de cocina. Los cuchillos de cocina son unos juguetes al lado de estos. Cuando veas pasar un hombre al taller no te extrañe que te alargue un cuchillo de verdad. Los otros apenas si sirven para matar, porque, aunque no lo parezca, hay algunas que tienen el gahnate muy duro.

El hombre se sentó familiarmente, como si conociese el taller desde hacía tiempo, en un taburete que empujó con el pie para ponerlo cerca de la puerta. El aprendiz no dijo una palabra. Le pesaba el cuchillo como si fuese una escopeta. No se movía, como hipnotizado, del centro de taller.

—Vamos, muchacho—dijo el hombre, sacando la petaca y un

enorme librito de papel de «El cazador»—avisa al maestro y afíladme el arma. No puedo esperar durante mucho tiempo.

Nicasio, el aprendiz, había reparado en la blusa renegrida y sudada de aquel hombre: Tenía una mancha de sangre encima de la tetilla izquierda. Para ganar tiempo, y mientras el asesino liaba el cigarrillo y lo encendía con un chisquero de pedernal, empezó por dejar el cuchillo encima de una mesa que había en un rincón. Se estremeció cuando el asesino le miró de nuevo.

—¿Es que no eres del oficio, muchacho? ¿No sabes la clase de filo que hay que sacar para que el cuchillo atraviese bien un gaznate? Hay muchas clases de filos—dijo, tras dar una larga chupada al cigarrillo y echar un poco humo por la nariz—: Unos, para los cuchillos de mesa. Son filos romos: no conviene que corten los manteles o arañen los platos. Otros, los de las navajas de bolsillo, son diferentes: conviene que corten bien pero no que lleguen a ser peligrosos. Seguro que son éstos los primeros que el maestro te ha enseñado a sacar. Para los cuchillos de cocina hay que sacar buenos filos, pero no demasiado fuertes. Al fin y al cabo, los huesos se quiebran con un hacha. También hay filos para cuchillos de matar. ¿Sabes tú hacerlos, muchacho? Si no sabes, avisa al maestro.

Nicasio vió el cielo abierto. Había calculado que, de salir corriendo hacia la calle, como no podía tomar mucho impulso por causa de los trastos, era muy posible que tropezase en ellos o que el asesino le echase mano al atravesar la puerta del taller. No habiendo visto antes escapatoria posible, esta orden del asesino le llenó de esperanza.

—El maestro está en el bar de Cosme. Ahí, en la esquina. Como a estas horas no suele venir nadie...

—El bar ese no está en la esquina. Está lejos, amiguito, y no puedo esperar tanto. Dale tú al pedal y yo afilaré la herramienta. Si soy capaz de acordarme, te enseñaré a poner en condiciones un cuchillo de los que hacen pupa.

El aprendiz estaba angustiado. Aquel hombre era un destripador, un asesino, y el iba a colaborar con un tipo tan repugnante, iba a darle al pedal para... tal vez para que luego le degollase. Iba a

ser como los desgraciados esclavos de sus novelas a los que el jefe de tribu hacía cavar sus propias tumbas. No podía gritar ni oponerse a las órdenes del asesino. Puso el pie derecho sobre el pedal y empezó a darle. Al principio la máquina renqueó un poco; luego, la polea se tensó y la rueda entró en rotación velozmente. El chico había empezado a rezar. «Dí tus oraciones», había leído en las aventuras de bandidos generosos, o bien: «Reza el credo». Y él rezaba llevando el compás del pedaleo.

El hombre se remangó —tenía manchas de sangre en las muñecas— y se aprestó a sacar filo al arma homicida. Parecía estar contento, acometer el trabajo con alegría. Nicasio se fijó en que tenía un cinturón ancho de cuero recamado con una fila de monedas de a real. Acercó el hombre, por fin, el cuchillo a la rueda y el roce produjo un haz de chispas.

—Sí, muchacho. Tienes un oficio bueno y agradable que ayuda mucho a los demás. ¿Cómo se las arreglarían sin él los zapateros y los sastres? Yo, antes de dedicarme a esto de matar, también fui afilador. Mi nueva ocupación me pareció al principio algo desagradable. Las hay que arman mucho ruido. Una vez quité a una de enmedio en una casa de campo. Aquella vez sí me conmoví porque su hijito se lamentaba como si se diera cuenta de lo que hacía con su madre. Creo que de haber sido mayor, se habría echado sobre mí.

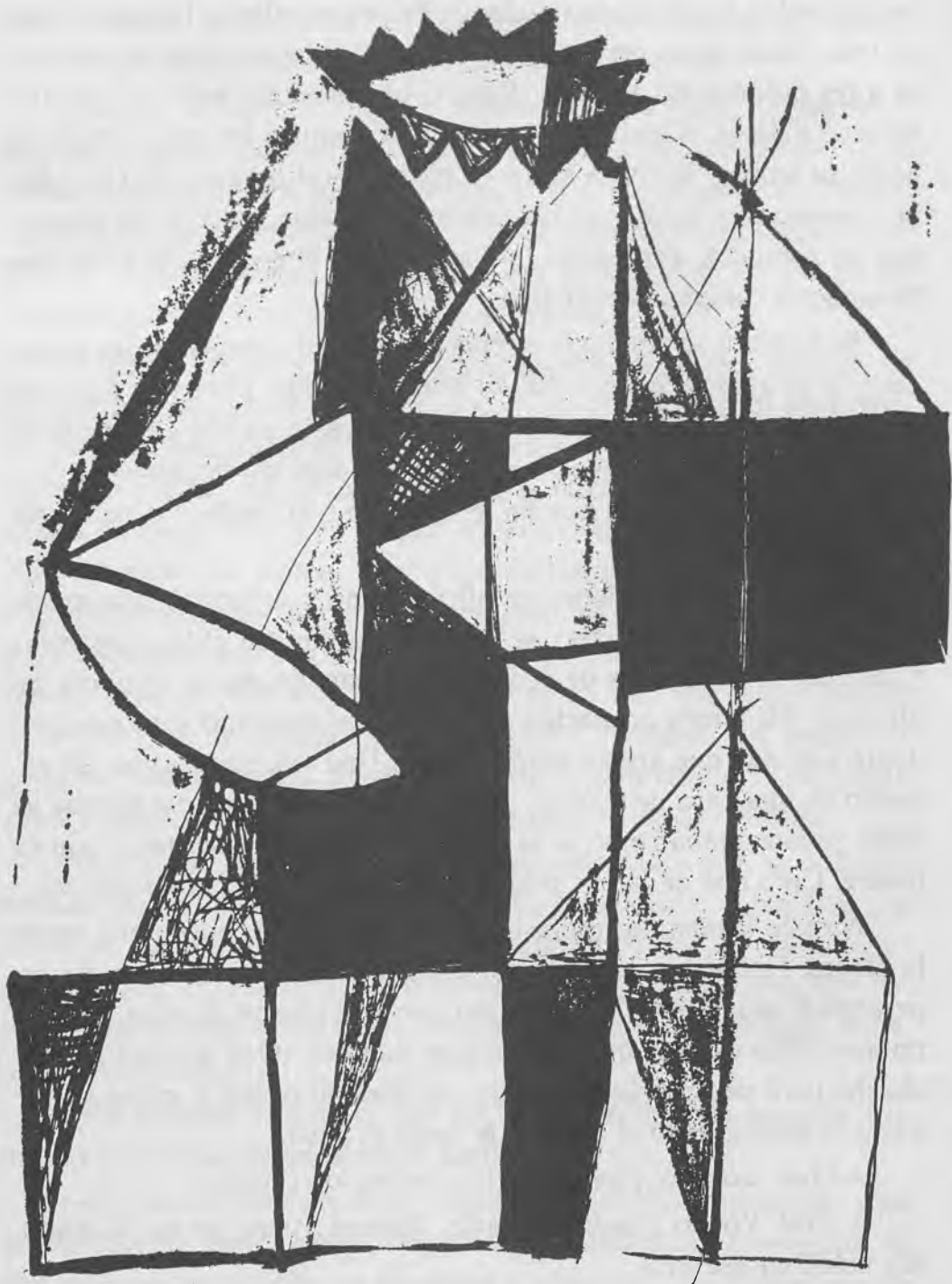
Nicasio estaba aterrado. Dale que dale al pie. Rueda que rueda la piedra. Habla que habla el asesino. No obstante, un rayo de esperanza le alumbró: El asesino siempre le hablaba de ellas. Sí: Era un maniático de esos que solo matan mujeres. ¡Qué horror! El muchacho tuvo una resolución. Dejó de darle al pedal y quiso correr hacia la puerta, pero el asesino le cortó el paso.

—Oye, mocosó, ¿así tratas tú a todos los clientes?

—¡No! Yo no puedo ayudarle. Máteme, pero yo no le ayudo. ¡Es usted un asesino!

—Un asesino, un asesino. . . Hablas como si fueras una mujer. Mucho insultar y, luego, acudirías a ver ahorcar a una persona.

Angel CRESPO.



Dibujo de Santiago Lagunas

EL PROFETA

Por aquí pasó el sabio:
se le nota en la huella del pie su cometido.
El inventó la forma de acabar con el odio,
él, el modo de curarnos sin pólvora.

Por aquí algo se nota:
se sentaba en la acera de una calle cualquiera,
se ponía en cuclillas predicando sincero,
levantaba las manos y acudían las gentes
sedientas de ese tono que la verdad triplica.

Por aquí pasó el sabio.
Quien lo quiera recuerde su ademán elegante,
su mirada tranquila, su cabello caído,
la serena blancura de su barba tan tiesa,
su nariz aguileña, su calzado perfecto
con el que hacía recorridos largos
cuando era el tiempo del ayuno.

Por aquí algo se nota:
se notan los efectos de su voz que hizo mella,
por la pared escritas sus hondas reflexiones,
sus consejos auténticos dichos sin petulancia,
sus ciertas profecías, su larga vena lírica
donde se concentraba toda la miel eterna.

Ahora, después de algunos tiempos,
los trajes femeninos son un poco más largos,
los escotes, más cortos; a los bailes
no van adolescentes que tengan tentaciones,
las mujeres —más castas— se encierran en su alcoba
y los hombres se niegan a encender los fusiles,
y laboran, tranquilos, por el bien del Progreso
desde alguna lejana ciudad con chimeneas.

Gabino-Alejandro CARRIEDO.

POEMA DEL HOMBRE SOLO

«La objetividad y el sentido de nuestro conocimiento han de ser tenidos en cuenta en un orden especulativo como medio eficaz para legitimar la certeza del instinto».

Y dió un alarido aquel hombrecillo algo hundido
en su chaqueta.
—Es cierto, nada es cierto porque no podemos tener...,
Se tambaleaba, se hacía grande y pequeño como
un payaso de circo,
faltaba poco para verle echar espuma por los ojos,
mientras que el libro cerrado leía en voz alta:

«El ente real no existe, no puede tener conciencia de su existencia porque su misma sensación de realidad es falsa».

Un estertor interrumpió el interesante discurso;
El hombre estaba tendido al pié del armario sin luna
y se golpeaba las sienes con sus manos sin carne.
—Son cuarenta años, Señor, cuarenta años buscando
mi por qué
y ahora resulta que aun no sé si...
no sé nada: yo puedo ser una célula vacía
y trozos de mi núcleo lo que tenga en la boca,
tengo un año o un día o estoy aún flotando en el
esperma.
Quiso sentarse en la cama, en aquella cama de siempre
que no recordaba manos ni cuerpo de mujer,
pero de nuevo su grito le hizo saltar hacia el techo.
El libro seguía:

«Tan sólo por un intento, siempre vano, de huir de la realidad consigue el hombre creerse un ser consciente, lo que nos inclina a dudar de cuál es nuestra vida verdadera».

No, no pudo más aquel hombre. Aquello era demasiado.
Con su navaja de afeitarse se cortó la vena que tenía
más a mano.
Estaba quieto en la pared, miraba aquel libro, su libro,
el libro que él casi sin darse cuenta había escrito.
—No debiste..., gritó otro desde la estantería.
Pero el hombre estaba callado debajo de la mesa.

Antonio LEYVA FERNANDEZ.



«Maternidad», por Martínez-Bueno

KUSUMAGRAYA

Cuando se habla de la literatura de la India se piensa inmediatamente en Rabindranath Tagore. Es cierto que Tagore representa con fidelidad el espíritu de la poesía hindú, pero no es menos cierto que hay otros autores, aún apenas conocidos, por no haber sido traducidos a otras lenguas. Saroyini Naidu que murió hace tres años, es uno de estos ejemplos. La India, con sus tradiciones culturales, su unidad en la diversidad, ha producido y produce una literatura rica. El bengalí, el gujarati, el tamil, el telgu, el marathá, son lenguas habladas por gran número de gentes. La última se habla en Bombay, en la provincia de Maharashtra. Es la lengua de una raza de soldados y sus caracteres son el vigor y la variedad de sus palabras. Su poesía moderna empieza, aproximadamente, alrededor de 1890. También, Kanekar, Patwardhan, Pendharkar, y Shirwadkar han contribuido grandemente a enriquecer la literatura de esta lengua. El más joven, y a la vez el más célebre, es el dramaturgo y poeta Shirwadkar, que como escritor usa el nombre de Kusumagraya (hermano de Kusum). Nació en Nasik en 1912 y recibió su educación en la Facultad de Letras de la Universidad de Bombay. Ha escrito cuatro libros de poesía: «Yiwanlahari», «Vishaka», «Samidha» y «Kinara». El segundo libro es el que le ha dado más renombre, pero puede ser que el mejor sea «Samidha». En él reacciona contra la injusticia, contra la pobreza y contra la tiranía con un vigor que se deja notar en cada línea que escribe. En su obra hay poemas de todas clases: «Las hojas bajo el árbol», es filosófico. El que escribió sobre la prisión de Dam Dam, patético; «El ferrocarril y la tierra», musical. Naturalmente, al traducir estos poemas pierden buena parte de su vigor original.

Es difícil tener una idea clara de la poesía de Kusumagraya leyendo uno o dos de sus poemas; imposible también tener una idea, aunque ambigua, de la poesía marathá. Por dicha razón publicaremos próximamente un libro de poemas de Kusumagraya. Dichos poemas, como todos los de este autor que he traducido al español, serán puestos en verso por el poeta Angel Crespo.

Shriniwas V. PATIL.

LA ULTIMA APARICION

(AKHERCHE DARSHAN)

Cuando el silencio y la oscuridad hubieron cubierto todas las cosas, desde encima de la pira, un cadáver movio ligeramente las llamas que le envolvían, como las cortinas de un mosquitero, y vió, asomándose.

El cadáver de la pira más cercana también estaba asomándose e igual el de la pira de al lado.

El cadáver de la primera pira se levantó rápidamente y descendió de ella. Después el segundo, enseguida el tercero.

En poco tiempo todo el crematorio lleno estaba del ruido y el movimiento de los cadáveres.

Como una peregrinación de sombras que empieza a caminar, de la misma manera, todos ellos empezaron a andar calladamente.

Llegados a la orilla del rio, contemplaron al otro lado las cimas de los edificios, las torres de los templos, cercanas al cielo, la cruz sobre la iglesia,

los minaretes de las mezquitas.

Las bombillas de la ciudad arrojaban sobre ellos una luz como antigua, como gastada.

La procesión de los cadáveres saltó, de orilla a orilla, hasta la ciudad.

En el silencio horrible de la madrugada, empezaron a andar por las desiertas calles.

En aquellas calles había sucumbido su humanidad.

Ahora no sentían el hambre que hacía arder sus entrañas mas se sentían intranquilos al recordar el hambre que quema el corazón en las últimas horas.

Para mirar los víveres, que nunca tuvieron, por última vez, fueron de calle en calle.

Aquel deseo estaba satisfecho.

Cerca de un bello templo exuberante, entre polvo yacía un manjar exquisito.

Lo devoraba un perro mezclado íntegramente con el polvo.

Y los cadáveres se detuvieron.

Cogidos de la mano, en torno a él bailaron con cruel alegría.

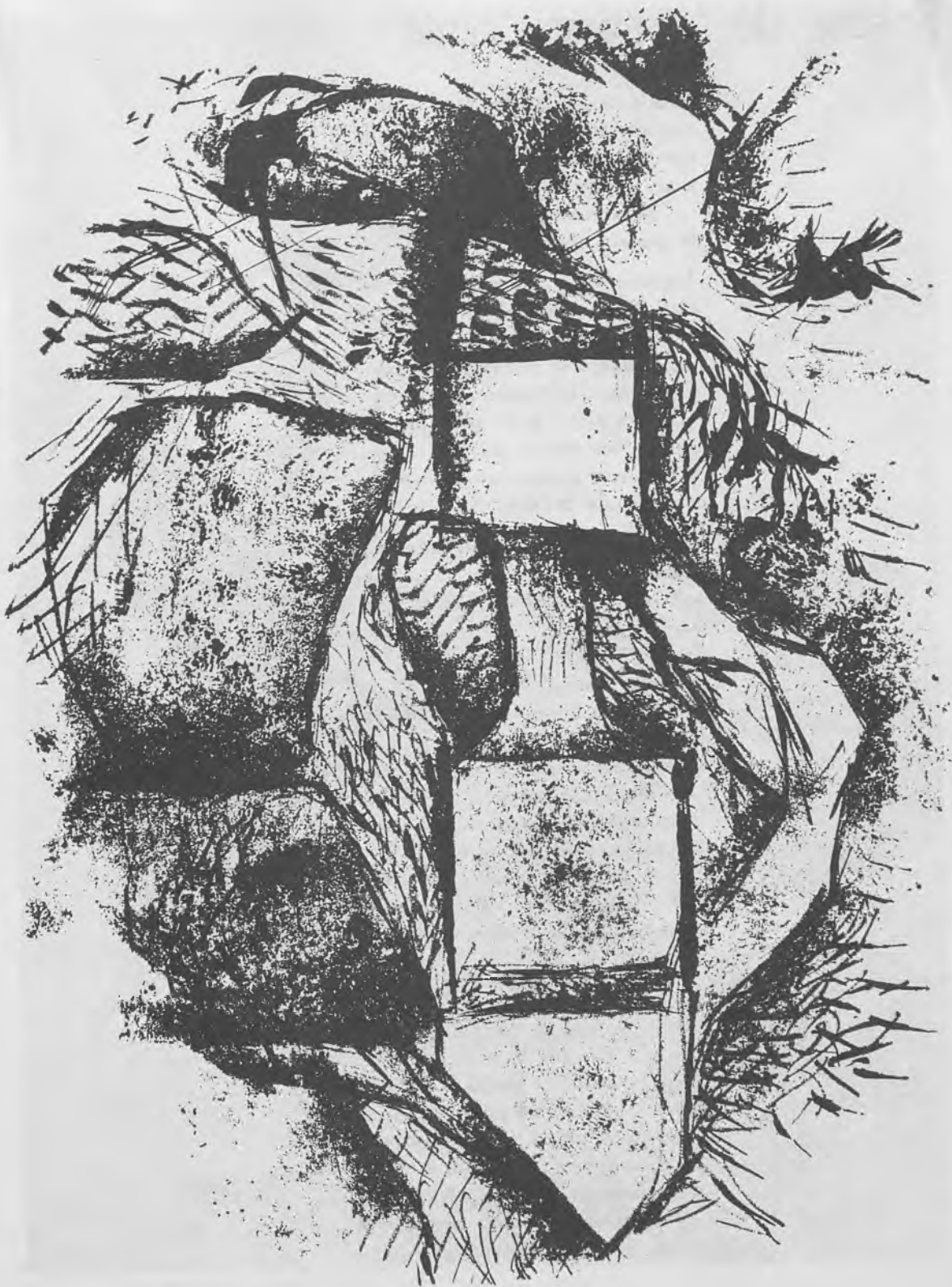
Ante el horrible augurio, lloró el perro.

Y los muertos estaban satisfechos.

Antes del alba volvieron al crematorio.

Cada uno sobre su pira, se arrojó con su sábana de llamas.

Para siempre durmieron.



Dibujo de Francisco Nieva

Poema de la pájara pinta

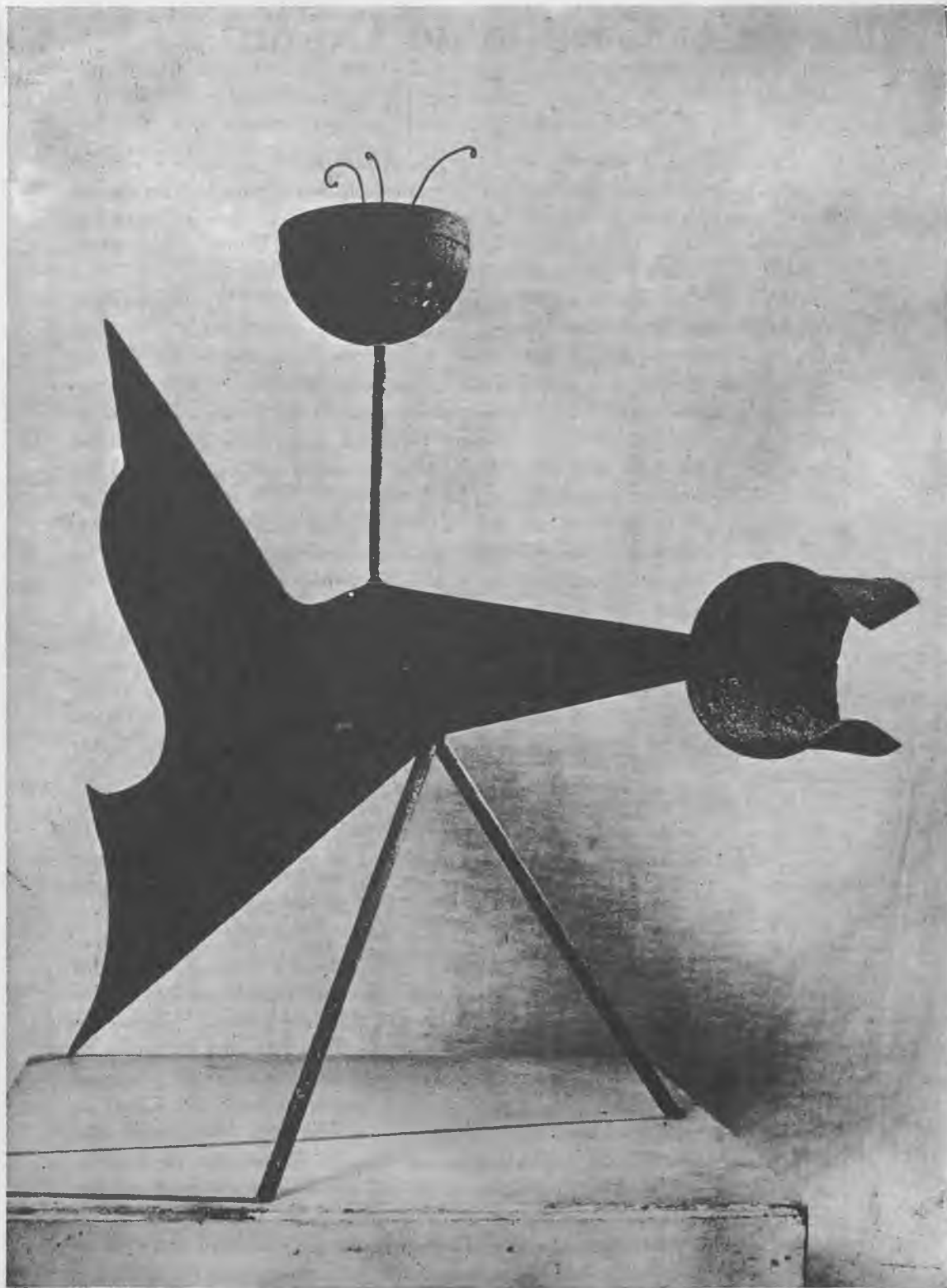
Existía una pájara en un pueblo
que era pinta la niña y le gustaba
jugar a ser libélula en el río,
a ser arroyo, noche, a ser violeta.
Le gustaba correr por los jardines,
le gustaba jugar a ser espiga.

Jugaban con ella los niños por la tarde,
en la boca le hurgaban con un palo,
le daban puntapiés en el trasero,
los soldados le quitaban plumas
y la niñera le tocaba el buche.
Mas era pinta la pícara y no peco
si digo que era mansa,
si digo que gritaba por lo bajo,
si digo que callaba.

Tenía por costumbre algunas veces
resbalar el invierno por su pluma,
salir con el otoño de paseo;
con la primavera gorjeaba un poco,
los niños de la escuela la corrían,
mas era pícara la pájara y no peco
si digo que lloraba por las noches,
si digo que reía en el alero,
si digo que la paz la acostumbraba.
Una muchacha, cuando iba a Misa,
le quitaba los granos de la boca;
la pegaban los guardias,
con el bastón el hombre del paseo
y la monjita con su velo negro,
mas ello no volaba hacia su nido.

Un día amaneció con que mordía,
que picaba los dedos de los niños,
que molestaba al hombre del recibo,
que a la monjita le enseñó los dientes,
que a la niñera le arañó el costado,
que a los soldados arrancaba borlas.
Existía una pájara en un pueblo
que la mataron porque ya era bestia,
que muriendo lanzaba juramentos,
que era niña y por eso le gustaba
subirse en las ventanas a peinarse.

José Antonio SUAREZ DE PUGA.



Escultura de Tajiri (Fotografía de Sabine Weiss)

Rilke en el Castillo de Duino

Fué en 1912. Hacía dos años que recorría el Brasil de norte a sur. En una penosa excursión a caballo por el interior de la selva, para contemplar las maravillosas cataratas del Iguazú, caí enfermo, lo que motivó mi regreso a Europa, eligiendo para reponerme y descansar el castillo de Duino, donde siempre había sido acogido por mis amigos con los brazos abiertos.

El castillo pertenecía a los Príncipes de Thurn y Taxi, Hohenlohe desde tiempos remotos. Enclavado al fondo del Adriático, entre Trieste y Venecia sobre unos altísimos acantilados, semejaba la proa de un buque que se adelantaba hacia el mar. Era una enorme construcción medioeval a la que sus propietarios habían ido añadiendo diferentes cuerpos, según sus necesidades, pero conservando todo el aspecto de una fortaleza, rodeada de fosos, con sus mazmorras, almenas y una elevadísima torre desde la que se dominaba un panorama de impresionante belleza. La Princesa de Hohenlohe, madre de mi amigo, mujer de gusto exquisito y de cultura poco corriente, lo había decorado en su interior con suntuosidad regia y transformado su patio de armas en un rincón romántico con estatuas y fuentes, donde la yedra trepaba por los muros hasta alcanzar la mitad de la torre.

La Princesa, gran protectora del arte, reunía y alojaba en el castillo, durante largas temporadas, a pintores, músicos, literatos y poetas. Muchos de ellos llegaron a ser famosos, como Boecklin que buscó la inspiración para sus creaciones mitológicas en la naturaleza tan abrupta y fantástica de los alrededores del castillo, y, sobre todo, para su famoso cuadro «La isla de los muertos».

A mi llegada se alojaba un poeta joven que, como yo, buscaba reposo y mejoría. Se había hecho preparar unas habitaciones en lo más alto de la torre y, según me dijeron, no se le veía nunca. Era el poeta Rainer María Rilke.

○

Unas semanas después de mi llegada a Duino, mis amigos invitaron a pasar unos días a varias personalidades sobre las que un halo de tragedia se había posado o se posaría poco después. Primero llegó la Princesa Estefanía, hija del Rey Leopoldo de Bélgica, cuyo triste fin tanta literatura ha proporcionado a teatros y cines. Un día después llegaron el ex-Rey Manuel de Portugal, ya en el destierro, y el Príncipe Enrique, hermano del Káiser de Alemania, por entonces Almirante de la Armada alemana. Finalmente aparecieron el matrimonio de Archiduques, sobrinos del Emperador de Austria, que dos años más tarde sucumbirían en el espantoso atentado de Sarajevo, causa de la hecatombe más grande de la historia, hasta entonces: la guerra mundial del 14. Abolida toda etiqueta, reinaba una gran libertad entre los invitados, dedicando cada uno las mañanas a su entretenimiento favorito. Las tardes las dedicábamos a charlar, tomar el té y hacer música en el acogedor salón preparado a este fin. El ex-Rey Manuel, hombre encantador y gran mú-

sico, y yo, éramos los encargados de interpretar las composiciones. Una tarde, cuando todos oían música de Beethoven, apareció en el umbral del salón un joven delgado, pálido y con aire enfermizo. Avanzó unos pasos y lanzó una mirada de asombro sobre todos los asistentes. Se volvió rápido y salió precipitado a refugiarse en su torre, no precisamente de marfil, sino de centenarias piedras berroqueñas. Era la primera vez que veía al poeta Rilke.

○

Los invitados partieron y permanecimos solos en el castillo mi amigo y yo. Continuando la costumbre de hacer música por las tardes a la hora del crepúsculo, estaba interpretando un día varias piezas de Schumann, cuando al terminar y levantarme se apresuró hacia mí con las manos extendidas el poeta, que llevaba largo rato escuchando. Me dió un efusivo apretón de manos y con voz casi imperiosa, me dijo: «Toque algo de Mozart». Gustoso en complacerle, empecé uno de mis trozos predilectos, el bellissimo «adagio en si menor». Al volverme para ver la impresión que le había producido, le hallé ensimismado y lejano, permaneciendo en esta actitud un buen rato, hasta que de pronto se incorporó al sillón y salió de la estancia con paso rápido sin pronunciar una sola palabra. Varios días continuó acudiendo sin despegar los labios hasta que una tarde, de improviso, se puso a hablar con vehemencia de música. La conversación derivó hacia la literatura y pintura para finalizar en la poesía y, sacando unas cuartillas de su bolsillo, sus últimas composiciones, empezó a leer emocionado. No era buen lector, pero había tal vibración, tanta sensibilidad en su voz que conmovía oírle. Era un hombre difícil de tratar y con el que se necesitaba una diplomacia extraordinaria. Muy enfermo, tímido y huraño casi siempre, podía ser efusivo y amabilísimo cuando se encontraba a gusto con personas que le podían comprender. Todos en el castillo respetaban sus caprichos.

Mi amigo me decía sorprendido que era admirable como había logrado humanizarle.

De repente desapareció como había venido y no le volví a ver más.

La tragedia que dos años más tarde se extendió por Europa y que hizo desaparecer el castillo de Duino, convirtiéndolo en ruinas, también me alcanzó. Perdí cuanto poseía, entre otras cosas interesantes, cuatro poemas totalmente inéditos que me había dedicado y regalado el poeta.



(Dibujo de Alfonso R. Jaubert)

Manuel COELLO

El mundo poético de Caballero Bonald

Para poder medir bien la magnitud del mundo poético de José Manuel Caballero Bonald, he pensado que sería conveniente dividir esta breve noticia en tres partes fundamentales. Dichas tres partes, cada una dentro de su aislada e ineludible representación, pueden llegar a darnos una idea clara de la sorprendente realidad de ese mundo donde el poeta vive y crea.

Caballero Bonald anda sumergido (sometido, más bien) en unas aguas de movimientos profundos y estremecidos, de oleajes casi condenados a morir de luz, de fuerzas bellísimas y reveladoras. Estas aguas han sido originadas por tres circunstancias terrestres: el hastío del mundo, la ternura del mundo y las materias elementales del mundo. Y a ellas tres va a ceñirse mi modesto ensayo, sin más pretensiones que la de añadir mi participación a esta importante, viva y trascendental poesía. No voy a limitarme, por otra parte, sólo a la obra que Caballero Bonald nos ofreció en **Las Adivinaciones**, sino que también voy a referirme a su creación posterior, a la que actualmente edifica y de la que tan escasas muestras, según su voluntad, conocemos.

EL HASTIO

Cada tentación temática de Caballero Bonald es una especie de sublevarción de su indiferencia. Nada existe en él que no sea producto de una desesperanza agobiadora que lo sojuzga y que, por contraposición, mantiene en vilo el seguro ofrecimiento de sus palabras. Caballero Bonald traduce su actitud frente al mundo con medios verbales que pudieran parecer llenos de inclemencia, de fatal señalamiento. Pero no es eso. Caballero Bonald cree que la única salvación humana posible es la rebeldía. Y así frente a un hastío indomable, arrasador, el poeta alza su voz heroica, poblada de amargas batallas y de acosos sin nombre. El resultado no pudo ser más luminoso. Caballero Bonald ha entendido que la poca piedad del mundo, sólo puede redimirse, idealizarse, desnudándola, explicándola, enseñando sinceramente sus heridas y sus ignominias. Pocas veces ha existido en nuestra poesía una palabra tan desolada por verdadera, tan cerca de Dios por elegida.

El poeta, al mismo tiempo, se hace responsable de las ajenas culpas y tristezas, de todas las desesperaciones que conoció en los demás. Y de este modo, a veces, su palabra es un grito absorto de comprensión, de una rara belleza hiriente y colectiva.

**Todo lo que me cerca, en mí palpita
como una indagación, ya en su origen frustrada,
donde es poco estar vivo, donde es poco
abrir los brazos siempre, ir a todos los sueños,
destruirse en la luz de todas las bellezas**

Si la poesía es conocimiento, Caballero Bonald es un poeta de inaudita certidumbre propia. El ha estudiado y ahondado en sus personales experiencias con un ahínco y con una sabiduría totales. En cada expresión suya, radica un secreto y una luz construídos con una adelantada seguridad de intención. Todo es aquí puro, concreto y hondamente pensado. Y así, sobre ese inexorable hastío, Caballero Bonald ha llegado a crear un mundo de asombrosas y proféticas verdades, limpio de todo adorno o añadido inservible.

LA TERNURA

Junto a este hastío inevitable y cierto, Caballero Bonald ha querido atenazar su poesía a la ternura del mundo. En las variables estancias de la vida humana, surge, como una llama de paz, la ternura de las cosas aparentemente triviales. Entonces, el hastío y la ternura se enlazan, se compenetran por virtud de una acertada manifestación. Caballero Bonald ha hallado la fórmula de la conmiseración y de la salvación —ya antes señalada— en este procedimiento expresivo. He leído algunos comentarios a **Las Adivinaciones** que pretendían ligar esta manera de hacer a la de algún otro poeta contemporáneo. En todo caso, esta vaga ascendencia no representa una categoría, sino una comunidad estética. Caballero Bonald trabaja cada poema sufriendo y luchando con sus letras de una manera exhaustiva, cambiando un adjetivo después de analizarlo hasta la saciedad. Y él sabe perfectamente las posibles impurezas que han de extirparse en su obra. No puede, pues, dejar transparentar influencias sino identificaciones. Cada verso suyo está prendido de su propia vida **vivida**, y nunca en sus poemas —sobre todo en los más recientes —ha de hallarse nada que no brotase de una verdad tocada y asimilada por su corazón.

**....Cuando estas palabras escribo
sabiendo de antemano que jamas premio alguno
ni venenosa afrenta podrán mover mi boca...**

En estas circunstancias, Caballero Bonald se ampara en la ternura, en esa ternura que, acaso, permanece escondida en las crueles aristas de cada día. Esta ternura es casi intuitiva; el poeta no la advierte hasta que ha llegado a experimentarla, y entonces la recoge amorosamente, se vale de ella para limar las asperezas de sus anuncios. El resultado es insólito. Una misteriosa hermosura, apenas alcanzable sin sobrecogimiento, anda entre esta poesía, y yo vaticino ahora que seguirá andando muchos años después que la vida de su creador.

LAS MATERIAS ELEMENTALES

Indagando en los orígenes de su mensaje, Caballero Bonald hubo de encontrarse con las materias elementales del mundo.

**...Entre los eslabones sin principio
que juntan, interrumpen, propagan la terrible
materia fundamental del corazón del hombre,
prende, sin posible liberación, la herrumbre
...de las tinieblas terrenales...**

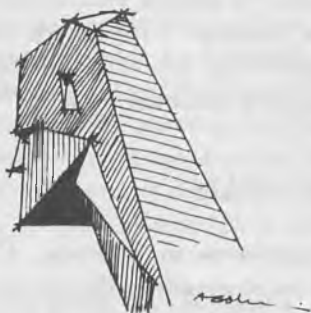
El encuentro fué, tuvo que ser deslumbrador. No se advierte, sin embargo, sombra de este acontecimiento en la obra inicial del poeta. Es posible que, en un principio, tampoco supiera advertir su inminencia. Pero ya en algunos poemas de Las **Adivinaciones** y en la totalidad de los posteriores, Caballero Bonald ha encadenado su voz a esas zonas del mundo tan alucinadoras.

Bien claro está que esa inmersión en lo desconocido —en lo **adivinado**— lleva consigo innumerables motivos de desesperación y de peligrosas consecuencias. ¿Dónde acaba la poesía y empieza la filosofía? ¿En qué lugar termina la lírica y empieza la metafísica? Quizás todo consista en la virtud de las palabras empleadas en su desarrollo. Yo creo que Caballero Bonald encontró en ellas los límites necesarios y más eficaces. En su voz todo está perfilado, y cuando vuelca su razón en esas fuerzas primarias de la creación, él sabe bien que está tocando las fronteras de lo oscuro y vuelve otra vez los ojos al mundo, ligando lo cotidiano con lo infinito, su destrucción con su salvación.

**...Alguien que no conozco, que no sé si me ama
o me desprecia, que casi es mi victoria y me aniquila,
que insiste en mi esperanza diariamente,
que me grita en lo oscuro de la tierra: ¡Sálvate tú!**

En estas materias elementales yacen también los atributos de la tierra nativa del poeta. La riqueza de su verbo es andaluza, como es andaluza su luminosidad y el deslumbrante enfoque de su memoria. Y ello da a su voluntad de «buscador de Dios», una cierta mitigación para su expresiva angustia entre tinieblas.

Señalemos, finalmente, tras estos apuntes para un más detenido ensayo, que José Manuel Caballero Bonald con la reciente aportación de su poesía, al tiempo de llenar un hueco necesario, ha venido a situarse indiscutiblemente en la altura más privilegiada de la joven poesía española, gracias a la personalidad y a la importancia de su voz.



El dibujo de la portada es de Gregorio Prieto
y el de la última página de Madrilley.

Imprenta Provincial



Subvención «Deucalión» de la Excm. Diputación Provincial

JOSE FERNANDEZ ARROYO.

LAGUARDIA.

GABRIEL CELAYA.

ANTONIO FERNANDEZ MOLINA.

GREGORIO PRIETO.

FEDERICO MUELAS.

ANTONIO MURCIANO.

SAN JOSE.

ANGEL CRESPO.

SANTIAGO LAGUNAS.

GABINO-ALEJANDRO CARRIEDO.

ANTONIO LEYVA FERNANDEZ.

MARTINEZ BUENO.

SHRINIWAS V. PATIL (La India).

KUSUMAGRAYA (La India).

FRANCISCO NIEVA.

JOSE ANTONIO SUAREZ DE PUGA.

TAJIRI (Estados Unidos).

MANUEL COELLO.

ALFONSO R. JAUBERT (México).

SALVADOR CONESA.

ALEJANDRO ZOHN (Austria).

MADRILLEY.

Una traducción de

S. V. PATIL.

Una fotografía de

SABINE WEISS (Francia).